

EL BLONDO ECKBERT

Por Ludwig TIECK

Dibujos de Ricardo MARTINEZ

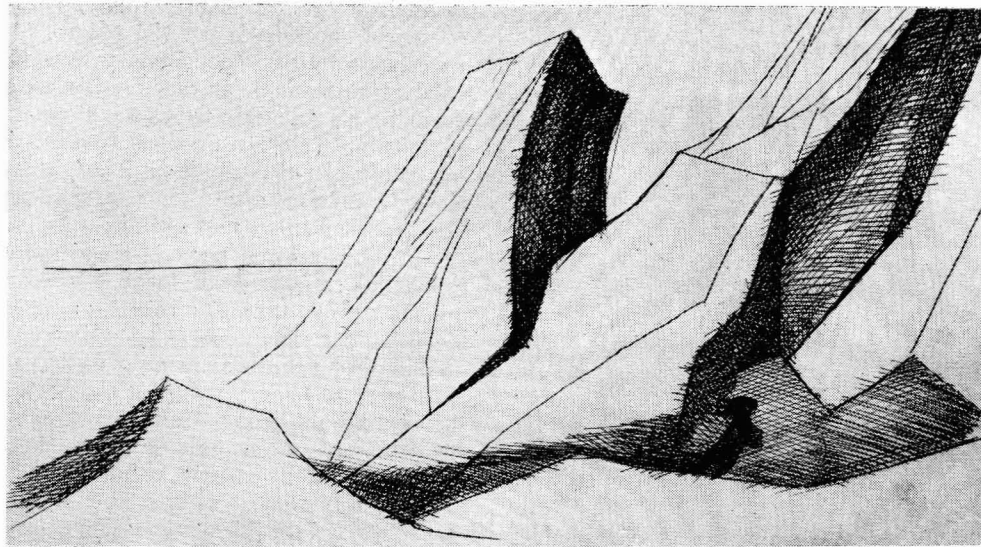
EN CIERTA región del Harz vivía un caballero a quien por costumbre se llamaba solamente el blondo Eckbert. Tendría alrededor de 40 años, era de estatura apenas mediana, y a los lados de su enjuto y descolorido rostro caían con gran sencillez cortos y pesados cabellos de un rubio pálido.

Aislado de los demás, vivía muy tranquilo; jamás se mezclaba en las contiendas de sus vecinos y rara vez se le veía fuera de las murallas de su pequeño castillo. Su mujer amaba la soledad tanto como él; parecían amarse entrañablemente, y de lo único que a menudo se quejaban era de que el cielo no quisiera bendecir su unión con ningún hijo.

Eckbert casi nunca tenía huéspedes y, cuando esto acontecía, su presencia casi no alteraba el curso ordinario de su vida; la sobriedad reinaba en la casa, y la mis-

de ellas se retrae temerosa ante el conocimiento de la otra.

Había llegado ya el otoño cuando en una brumosa noche estaba Eckbert sentado con su amigo y su esposa Berta junto al fuego de una chimenea. La llama lanzaba un brillante resplandor a través de la estancia y jugueteaba en el techo; la negra noche miraba por las ventanas y, afuera, los árboles tiritaban por la humedad y el frío. Walter se quejaba del largo camino que tenía por delante, y Eckbert le propuso que se quedara con él: pasarían la mitad de la noche en amigables pláticas y después dormiría en una habitación de la casa hasta la mañana siguiente. Como el invitado estuviese de acuerdo, fueron traídos el vino y la cena, se echó la leña al fuego para reavivarlo, y la conversación fue haciéndose cada vez más animada e íntima.



ma economía parecía ordenarlo todo. Eckbert veíase entonces sereno y de buen humor, y únicamente cuando se hallaba solo notábase en él cierto ensimismamiento y una tranquila y contenida melancolía.

Nadie frecuentaba tanto el castillo como Felipe Walter, hombre con quien Eckbert empezaba a tener amistad, porque en cierto modo descubría en él la manera de pensar que le era más simpática. Walter vivía realmente en Franconia, pero muchas veces pasaba la mitad del año en las cercanías del castillo. Coleccionaba hierbas y piedras y se ocupaba de ponerlas en orden. Vivía de un pequeño patrimonio y no dependía de nadie.

Eckbert solía acompañarlo en sus solitarios paseos, y con el correr de los años surgió entre ellos una amistad cada vez más estrecha.

Hay ciertas horas en que el hombre siente miedo, pues debe ocultar a su amigo un secreto que ha guardado celosamente; el alma experimenta entonces el irresistible impulso de abrirse del todo, y de revelar lo más íntimo, para que, en la medida de tal confianza, nuestro amigo sea cada vez más amigo. En esos instantes las almas sensibles se descubren sin reservas, y no pocas veces ocurre que una

Cuando se hubo levantado la mesa y los sirvientes se alejaron, Eckbert tomó la mano de Walter y exclamó: "Amigo mío, debierais haceros contar por mi esposa la historia de su juventud, que es bastante extraña". "Con gusto", repuso Walter, y todos volvieron a sentarse en torno a la chimenea.

En este momento era precisamente la media noche, y la luna miraba a través de las nubes que en trémulos jirones pasaban frente a ella.

"No debéis tenerme por demasiado molesto", principió diciendo Berta. "Mi esposo asegura que pensáis tan noblemente, que injusto sería ocultaros algo. Mas no veáis en mi relato un simple cuento de hadas, por peregrino que os parezca.

"Nací en una aldea; mi padre era un pobre pastor. La casa de mis progenitores era bastante pobre, y a menudo no sabían de dónde traer el pan. Lo que más lamentaba era que a causa de su miseria reñían frecuentemente, y cada uno de ellos hacía al otro amargos reproches. Aparte de esto en todo momento decían de mí que era una criatura simple y tonta, incapaz de despachar el más insignificante asunto y, en realidad, era extraordinariamente lerda y torpe. Todo se me caía de

las manos; no aprendía a coser ni a hilar, ni podía ayudar en el manejo de la casa. Lo único que entendía muy bien era la estrechez en que mis padres se hallaban. A menudo permanecía sentada en un rincón y llenaba mi mente pensando de qué manera habría de ayudarles, si de la noche a la mañana me volviese rica, y cómo los colmaría de oro y de plata, y me deleitaría con su sorpresa; entonces veía surgir unos espíritus que me revelaban tesoros subterráneos o ponían en mis manos pequeños guijarros que se convertían en piedras preciosas: en una palabra: las fantasías más sorprendentes ocupaban mi imaginación, y cuando tenía que levantarme para prestarles un servicio o llevar algún objeto, me mostraba aún más torpe, porque la cabeza me daba vueltas con tantos y tan extraños delirios.

"Mi padre siempre estaba airado contra mí, por ser tan inútil carga; a menudo me trataba con bastante crueldad, y sólo raras veces escuché de él una palabra amistosa. Cuando tenía cerca de ocho años empezaron a hacerse serios planes para que trabajara en algo o aprendiese algún oficio. Mi padre creía que sólo a obstinación y pereza podría atribuirse el que pasara mis días en la ociosidad, y me agobiaba con indescritibles amenazas. Pero como éstas no rindieran ningún fruto, castigábame más despiadadamente, al tiempo que decía que los castigos se repetirían a diario, ya que yo no era sino un estorbo.

"A lo largo de la noche lloré de todo corazón; me sentía tan extraordinariamente desamparada y tenía tal piedad de mí misma, que anhelaba morir. Me asustaba la llegada del día, y no sabía qué partido tomar. Deseaba que me fueran dadas todas las habilidades imaginables, y no podía concebir por qué era más simple que los demás niños del contorno. Estaba al borde de la desesperación. Cuando despuntó el alba me levanté y, casi sin percatarme de ello, abrí la puerta de nuestra pequeña choza. Me encontré en el campo abierto y poco después en un bosque, al cual la luz solar empezaba a penetrar apenas. Corrí incesantemente, sin volver la vista ni experimentar cansancio alguno, pues no dudaba que mi padre me alcanzaría e irritado por mi fuga habría de tratarme con crueldad mayor aún. Cuando volví a salir de la floresta el sol estaba ya bastante alto, y mis ojos vieron una cosa opaca, cubierta por espesa niebla. Ya tenía que trepar por una colina, ya que aventurarme por un tortuoso sendero bordeado de rocas; entonces comprendí que debía estar en los montes aledaños, y empecé a asustarme de mi soledad. En la planicie no había visto todavía ningún monte, y la simple palabra *montaña* era siempre un sonido atemorizador en mis oídos infantiles. No tenía el valor de retroceder; el miedo me impulsaba hacia adelante. A menudo, cuando el viento soplabo sobre mi cabeza a través de los árboles o en la mañana apacible se percibía el ruido lejano de hachazos en el bosque, miraba asustada en torno mío. Cuando por fin encontré carboneros y montañeses y oí hablar con un dejo extraño, casi me desmayé, presa del miedo.

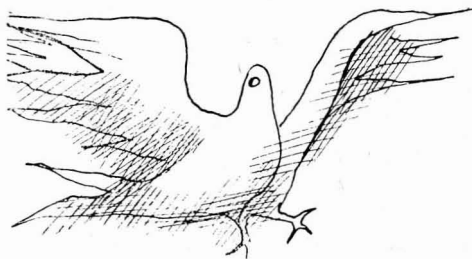
Pasé por varias aldeas y el hambre y la sed me obligaron a pedir limosna; pero cuando la gente me hacía preguntas, supe contestar bastante bien. Llevaba casi cuatro días de camino, cuando por casualidad me vi en un pequeño sendero que me alejaba cada vez más de la carretera. A mi

alrededor, las rocas asumían las formas más singulares. Eran peñascos de tal manera encimados que daban la impresión de que el primer soplo de viento los echaría por tierra. No sabía si debía seguir andando. Por ser aquella la estación más hermosa del año, había dormido siempre en la espesura, o pasado las noches en apartadas cabañas de pastores; pero aquí no veía ninguna vivienda, ni podía suponer que en semejante soledad habría de dar con alguna. Las rocas eran cada vez más horribles; a menudo tenía que caminar al borde de abismos que me causaban vértigo y, finalmente, la senda se perdía bajo mis pies. Me oprimía el desconsuelo; gritaba y lloraba amargamente, y la forma en que los rocosos valles devolvían el sonido de mi voz me llenaba de espanto. Al caer la noche busqué un sitio cubierto de musgo para poder descansar. No lograba dormir y en medio del silencio escuchaba los ruidos más raros. Unas veces me parecía que se trataba de animales salvajes; otras, pensaba que era el viento gimiendo entre las rocas, y no pocas llegué a creer que eran exóticos pájaros. Me puse a orar y sólo pude dormirme cuando la aurora estaba próxima.

"Al sentir en el rostro la luz del día, desperté. Frente a mí se erguía una empinada roca, y trepé a ella con la esperanza de descubrir los confines de aquella soledad o la existencia de moradas o de hombres. Pero cuando estuve en la cúspide todo lo que abarcaba mi mirada, lo mismo que lo había a mi alrededor, encontrábase velado por una vaporosa neblina. El día era gris y opaco, y mis ojos no podían descubrir ningún árbol, ninguna pradera, ningún matorral; columbré solamente unos cuantos arbustos que solitarios y tristes habían brotado en las estrechas grietas de las rocas. Es indescribible el deseo que sentía de topar con algún ser humano, aun cuando su presencia hubiera de causarme temor. Como el dolor del hambre empezaba a atormentarme, me senté y me hice el propósito de morir. Empero, después de algún tiempo, el deseo de seguir viviendo obtuvo la victoria. Hice un esfuerzo para incorporarme y, llenos los ojos de lágrimas y lanzando entrecortados suspiros, caminé durante todo el día. Al final apenas tenía conciencia de mí; hallábame desfallecida y agotada y, aun cuando ya no deseaba vivir, temía sin embargo la muerte.

"Por la noche, la comarca adoptó a mi alrededor un aire más amistoso. Mis pensamientos y mis deseos se reanimaron y el amor a la vida despertó en todas mis venas. Me pareció escuchar el leve rumor de un molino en la lejanía; apresuré la marcha, y ¡qué felicidad llenó mi alma cuando al fin llegué al término de la desolada región rocosa! Ante mis ojos extendíanse nuevamente praderas y bosques, con lejanas y agradables montañas. Era como si hubiera salido del infierno y llegado a un paraíso. La soledad y mi desamparo no me parecían ya en manera alguna terribles.

"En vez del esperado molino encontré una caída de agua que en gran parte disminuyó mi alegría. Tomé con la mano un poco de agua del arroyo, y de pronto creí oír a corta distancia una ligera tos. Nunca me he sentido tan agradablemente sorprendida como en ese momento; me acerqué, y en el confín del bosque divisé a una anciana que parecía descansar. Estaba vestida casi totalmente de negro, y una



obscura gorra cubría su cabeza y buena parte de su rostro. En la mano tenía un bastón en que se apoyaba.

"Me acerqué a ella y le pedí ayuda; permitió que me sentara a su lado y me dio pan y un poco de vino. Mientras comía, empezó a cantar con voz bastante chillona un himno religioso. Cuando hubo terminado de cantarlo me dijo que la siguiera.

"Mucho me alegró la invitación, pese a la extrañeza que me causaban la voz y la actitud de la anciana. Con la ayuda de su bastón caminaba con bastante agilidad, y a cada paso fruncía el rostro de tal modo que al principio no pude dejar de reír. Las desiertas rocas se quedaban cada vez más atrás; atravesamos una agradable pradera y pasamos después por un extenso bosque. Cuando salíamos de la floresta el sol empezaba a ocultarse, y nunca olvidaré el aspecto y el sentimiento de aquella noche. Todo se confundía en los más tenues matices del rojo y del oro; los árboles erguían sus copas en el fuego del crepúsculo y el hermoso resplandor se extendía sobre los campos. Los bosques y las hojas de los árboles permanecían inmóviles; el cielo semejaba en su pureza un paraíso abierto, y el murmullo de los manantiales y el susurro interminante de los árboles resonaban en el silencio apacible con una alegría melancólica. Mi alma infantil tuvo entonces por vez primera un presentimiento del mundo y sus destinos. Me olvidé de mí y de mi guía; mi espíritu y mis ojos revoloteaban entre las nubes doradas.

"Subimos después una colina cubierta de abedules, desde cuya parte más alta oteamos un verde valle lleno de los mismos árboles, y en medio una pequeña choza. Un alegre ladrido llegó hasta nosotros, y muy pronto un ágil perrito que agitaba la cola se dirigió saltando hacia la anciana; seguidamente vino hacia mí, me miró por todos lados y con grandes zalamerías fue otra vez hacia la vieja.

"Cuando descendíamos de la colina, escuché un maravilloso canto, que parecía provenir de la choza y recordaba el de un pájaro. El canto era así:

"Soledad del bosque,
de que tanto gozo,
de noche y de día
por una eternidad.
¡Oh! ¡qué grande gozo
es mi soledad!"

"Estas pocas palabras repitieron muchas veces; si tuviera que describir su música diría que se asemejaba al sonido de la siringa y el cuerno de los cazadores, oídos en lontananza.

"Mi curiosidad se encontraba extraordinariamente excitada; sin esperar la orden de la anciana penetré con ella en la choza. La luz crepuscular había invadido ya la habitación; todo estaba en orden. En el armario adosado al muro veíanse algunas copas; sobre la mesa había ex-

trañas vasijas. De la ventana colgaba una brillante jaula, y el pájaro encerrado en ella era realmente el que entonaba la canción. La anciana jadeaba y tosía, como si no pudiera reponerse. Ya acariciaba al perro, ya hablaba con el pájaro, que siempre respondía con su canción habitual. Por lo demás, diríase que no tomaba en cuenta mi presencia. Mientras la contemplaba fui presa de un cierto temblor; pues su rostro estaba en continuo movimiento. Parecía como si a causa de su avanzada edad su cabeza no pudiera estar en reposo; de modo que no podía saber cuál era su verdadera apariencia. Cuando se hubo repuesto, encendió la luz, cubrió con un mantel una mesa muy pequeña y trajo la merienda. Entonces me miró y me dio la orden de que tomara una silla de bejuco. Estaba sentada frente a ella y la luz se encontraba entre nosotras. Enclavijó sus huesudas manos y rezó en voz alta, al mismo tiempo que continuaba con sus muecas. Otra vez estuve a punto de reír, pero me contuve para no disgustarla.

"Después de la merienda volvió a rezar, y luego me señaló una cama en una alcoba angosta y baja, quedándose ella en la estancia. No estuve en vela mucho tiempo. Me sentía aturdida, pero durante la noche desperté algunas veces, oí a la anciana toser y hablar con el perro, y escuché también la voz del pájaro, que parecía dormir y repetía una y otra vez palabras aisladas de su canción. Todo ello formaba un concierto tan maravilloso con los abedules que susurraban frente a la ventana y con el canto de un lejano ruiseñor, que no creía estar despierta, sino caer en otro sueño aún más extraño.

"Por la mañana, la vieja me despertó y me dio trabajo desde luego. Tuve que hilar y pronto aprendí a hacerlo; además, debía cuidar del perro y del pájaro. Me acostumbré pronto al manejo de la casa y empecé a conocer todos los objetos que había a mi alrededor. Me parecía como si todo tuviera que ocurrir de ese modo, al punto que ya no pensaba en que la anciana era un tanto desconcertante, que la casa estaba increíblemente alejada de todos los hombres y que algo extraordinario había en el pájaro. Pero su belleza llamaba mi atención cada vez que ponía en él mis ojos, pues sus plumas brillaban con todos los colores posibles; en su cuello y su cuerpo alternaban el más bello azul pálido y el rojo más vivo, y cuando entonaba su canto esponjándose orgullosamente, para que sus plumas se mostraran en todo su esplendor.

"La anciana salía a menudo y sólo regresaba al anochecer. Yo iba a su encuentro con el perro y ella me llamaba su niña y su hija. Acabé por quererla de todo corazón, pues nuestra alma se acostumbraba a todas las cosas, especialmente en la niñez. Durante las horas nocturnas me enseñó a leer, y este arte, que aprendí sin esfuerzo, fue más tarde en mi soledad un manantial de infinitos placeres, pues la anciana poseía algunos manuscritos antiguos en los que encontré maravillosas historias.

"El recuerdo de la forma de vida que en aquel entonces llevaba todavía me produce extrañeza: jamás visitada por ninguna criatura humana, hallábame reducida a un círculo familiar muy pequeño, pues el perro y el pájaro hacían sobre mí la impresión que únicamente nos producen los amigos a quienes conocemos hace largo tiempo. Nunca he podido volver a acordar-

me del extraño nombre del can, pese a que en aquella época lo pronunciaba con tanta frecuencia.

"De esta manera había vivido ya cuatro años con la anciana y tendría más o menos once de edad cuando, sintiendo en mí mayor confianza, me reveló este secreto: el pájaro ponía diariamente un huevo, en cuyo interior había una perla o una piedra preciosa. Yo había ya advertido que manejaba a solas la jaula, pero nunca concedí a esto mayor importancia. Me dió el encargo de que en su ausencia recogiera el huevecillo y lo guardara bien en las extrañas vasijas. Me dejó mis alimentos y empezó a ausentarse por temporadas mayores, semanas y meses. Mi ruequita zumbaba; ladraba el perro; el maravilloso pájaro entonaba su canción, y en torno mío todo estaba tan tranquilo que no recuerdo en todo ese tiempo ningún vendaval ni tempestad alguna. Los perdidos en el bosque no llegaban al valle, y los venados jamás se acercaban a nuestra morada. Me sentía contenta y pasaba día tras día trabajando. Creo que el hombre sería bastante más dichoso, si su vida pudiera deslizarse con tal tranquilidad hasta el fin.

"De lo poco que leía me formé representaciones muy peculiares del mundo y de los hombres, pues todo lo tomaba de mí misma y de mi pequeña sociedad: cuando se trataba de gente alegre sólo podía representármela bajo la figura del perrito; las damas elegantes asemejábanse siempre al pájaro, y todas las ancianas a mi singular viejecita. También había leído acerca del amor y forjaba en mi fantasía curiosas historias, de las que era protagonista. Trataba de imaginar al más hermoso caballero del mundo, adornándolo con todas las virtudes; pero después de todos mis esfuerzos ya no sabía cuál era realmente su aspecto. En cambio, podía sentir verdadera piedad hacia mí misma cuando no correspondía a mi amor. Entonces tejía en el pensamiento largos y conmovedores discursos, y a veces me dirigía a él en voz alta, a fin de ganarme su voluntad. ¿Sonreís? ¡Qué atrás hemos dejado todos nosotros esta época de la juventud!

"Me gustaba más hallarme sola, pues entonces yo era la señora de la casa. El perro me quería entrañablemente y hacía todo lo que yo deseaba; el pájaro respondía a todas mis preguntas con su canción. Mi pequeña rueca giraba alegremente, de

tal modo que en el fondo nunca experimenté el deseo de cambio. Cuando la anciana volvía de sus largas caminatas alababa mi atención y decía que el manejo de su hogar, desde que yo pertenecía a él, era llevado con mayor orden. Se alegraba de mi crecimiento y de mi aspecto saludable y, en una palabra, me trataba enteramente como si fuera su hija. '¡Eres buena, hija mía!', me dijo una vez con voz ronca; 'si sigues así, siempre te irá bien, pues nunca se prospera cuando uno se aleja del camino recto; el castigo viene después, aun cuando llegue tarde'. Mientras decía esto, no ponía yo mucha atención a sus palabras, pues era siempre muy viva en mis movimientos y en todo mi ser. Pero durante la noche las recordaba y no podía comprender qué había querido decir con ellas. Meditaba detenidamente todas sus frases, y como había leído acerca de riquezas, al final me vino la idea de que sus perlas y gemas podían ser algo muy valioso. Muy pronto, este pensamiento resultó para mí aún más claro; pero: ¿qué quería expresar con aquello del camino recto? No lograba captar completamente el sentido de sus consejos.

"Tenía entonces 14 años, y ahora pienso que es una desdicha para el hombre llegar a la edad de razón únicamente para perder la inocencia del alma. Pues bien, me daba cuenta de que sólo dependía de mí tomar el pájaro y las gemas durante la ausencia de mi ama, e ir con ellos al encuentro de ese mundo del que tanto había leído. Además, pensaba que de este modo podría quizás encontrar también al caballero de gallardía sin par, constante objeto de mis devaneos.

"Al principio, la idea no tuvo para mí más importancia que cualquiera otra; pero cuando me sentaba frente a mi rueca volvía a mí involuntariamente, y de tal suerte me abismaba en ella, que podía verme ya entre caballeros y príncipes, ataviada con mis mejores galas. Cuando, en medio de estos sueños, miraba a mi alrededor y mis ojos recorrían la pequeña habitación, una grata tristeza embargaba mi espíritu. Pero con tal de que cumpliera mis obligaciones, la anciana no se preocupaba mayormente de mi humor.

"Un día volvió a salir y me dijo que estaría fuera más tiempo del acostumbrado. Añadió que debía cuidar bien de todo, para que las horas no me parecieran demasiado largas. Me despedí de ella con

cierto temor, pues tuve el presentimiento de que no volvería a verla. Largo tiempo la miré alejarse, sin saber por qué me sentía tan atemorizada. Era como si mi propósito tomara cuerpo frente a mí, sin que yo me percatara de ello.

"Jamás había cuidado del perro y del pájaro con tanta diligencia, y ahora los quería más que nunca. Hacía varios días que la anciana estaba ausente, cuando una mañana me levanté con la firme resolución de abandonar la choza y marcharme con el pájaro en busca de lo que las gentes llaman el mundo. Me sentía acongojada y deprimida; nuevamente deseaba quedarme y, sin embargo, rechazaba otra vez tal pensamiento, de modo que en mi alma desenvolvíase una extraña lucha, algo así como la pugna de dos espíritus contradictorios. Por un instante la apacible soledad me parecía muy hermosa, pero luego volvía a seducirme la idea de un mundo nuevo, maravillosamente polifacético.

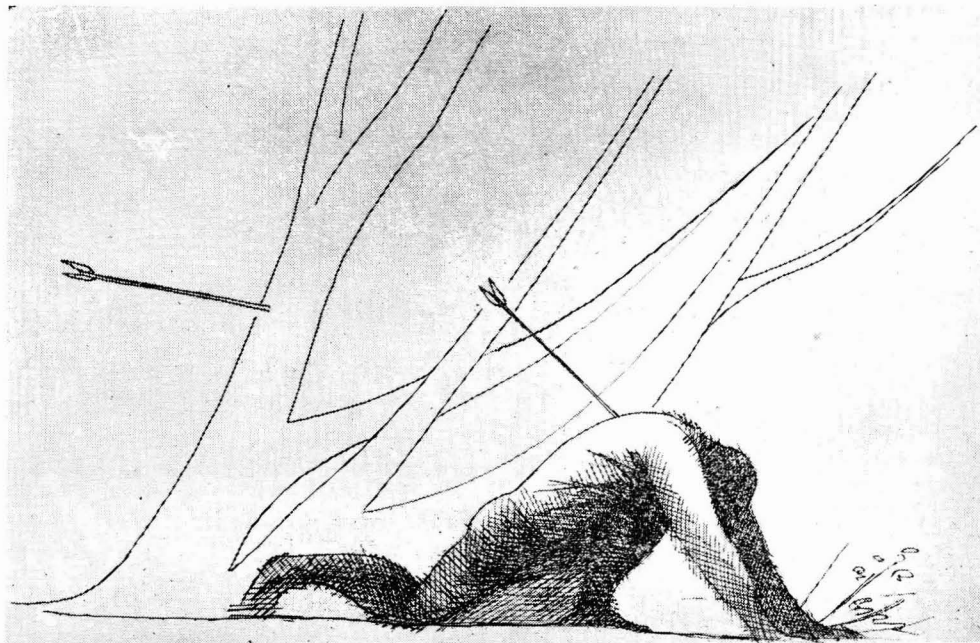
"No sabía comprender lo que me ocurría; el perro saltaba incesantemente frente a mí, mientras la luz del sol se extendía con placidez sobre los campos, haciendo brillar los verdes abedules. Tenía la sensación de que debía hacer algo muy urgente, así que tomé al perrito, lo até en la pieza y coloqué bajo mi brazo la jaula dorada. El animal se retorció y empezó a chillar al advertir tan insólito trato. Me miró con ojos suplicantes, pero tuve miedo de llevarlo conmigo. Tomé una vasija llena de piedras preciosas y me la guardé, dejando las otras en su sitio.

"El pájaro volvió la cabeza de manera muy extraña cuando crucé con él la puerta, y el perro trató inútilmente de seguirme. Evitando el sendero que llevaba a las rocas solitarias, caminé en dirección opuesta. El perro ladraba y chillaba incesantemente, y logró conmoverme en lo más íntimo. El pájaro quiso varias veces empezar a cantar, pero como era llevado por mí, debe haberle resultado incómodo.

"Conforme avanzaba, la intensidad de los ladridos era cada vez menor, hasta que cesaron por completo. Lloré, y estuve a punto de volver sobre mis pasos, pero el deseo de descubrir algo nuevo me impulsaba hacia adelante.

"Había cruzado las montañas y algunos bosques, cuando se hizo de noche y tuve que hospedarme en una aldea. Al entrar al albergue me mostré muy torpe; me señalaron un cuarto y una cama, y dormí bastante tranquila, pero soñé que la vieja me amenazaba. Mi viaje fue bastante monótono; pero conforme avanzaba el recuerdo de la anciana y del pequeño can era para mí cada vez más lacerante. Pensé en que sin mi ayuda el perrito moriría de hambre y, cuando me encontraba en el bosque, varias veces creía que la vieja iba a salirme al paso. De esta manera, entre suspiros y lágrimas, el camino se iba quedando atrás. Cada vez que descansaba y ponía la jaula a mi lado entonaba el pájaro su curiosa melodía. Y yo recordaba entonces con gran vivacidad el hermoso lugar de que había huido. Como la naturaleza humana es olvidadiza, ahora tenía la idea de que el viaje que había hecho en mi niñez no había sido tan triste como éste, y nuevamente deseaba encontrarme en la misma situación.

"Había vendido algunas piedras preciosas y, después de varias jornadas, llegaba a una aldea. Al entrar experimenté desde un principio algo muy extraño; me



asusté sin saber por qué y muy pronto caí en la cuenta de que estaba en el mismo pueblo en que había nacido. ¡Cómo me sorprendí! ¡Cómo, a causa de mi alegría y de mil extrañas remembranzas, corrieron las lágrimas por mis mejillas! El aspecto de la aldea había cambiado mucho; nuevas casas habían sido construidas y otras, erigidas durante mi niñez, estaban ya en ruinas. Encontré también restos de incendios, y descubrí que todo era bastante más pequeño y estrecho de lo que yo esperaba. Regocijábame infinitamente la idea de volver a ver a mis padres después de tantos años, y por fin encontré la pequeña casa, el umbral bien conocido. La ~~perilla~~ era la misma de otros tiempo, y me parecía como si apenas ayer hubiera entrecerrado la puerta. Mi corazón latía violentamente y abrí de un golpe, pero los que estaban sentados en la habitación eran extraños para mí y me miraban con fijeza. Pregunté por el pastor Martín y se me dijo que tres años antes había muerto junto con su esposa. Me retiré a gran prisa y salí del pueblo llorando en voz alta.

“Mil veces había imaginado cómo los sorprendería con mi opulencia; y ahora que por un extraño azar era realidad lo que en mi niñez tanto había soñado, todo resultaba en vano; ya no podían alegrarse conmigo, y lo que más había esperado en la vida, perdido estaba para siempre.

“En una agradable ciudad renté una casita con un jardín y tomé una criada a mi servicio. El mundo no me pareció tan maravilloso como lo había supuesto, pero empecé a olvidarme de la anciana y de los años pasados con ella, por lo que vivía bastante contenta.

“Hacía mucho que el pájaro no cantaba, así que me asusté no poco cuando una noche empezó de pronto a hacerlo otra vez, pero en distinta forma. Ahora la canción era así:

‘Soledad del bosque
¡qué lejos estás!
Cuando el día llegue,
te arrepentirás.
¡Ay! ¡mi único gozo
es la soledad!’

“No pegué los ojos en toda la noche; todo lo pasado volvió de golpe a mi espíritu, y más que nunca sentí que había procedido mal. Cuando me levanté, la vis-

ta del pájaro me resultó muy desagradable; me miraba constantemente y su presencia me causaba miedo. No dejaba de cantar, y su voz era más fuerte y ruidosa que de costumbre. Mientras más lo contemplaba, más crecía mi temor. Por fin abrí la jaula, introduje la mano, lo tomé por el cuello y oprimí con fuerza. El pájaro me miró suplicante y yo abrí los dedos, pero ya había muerto. Lo sepulté en el jardín.

“Ahora estaba temerosa de mi sirvienta, pues recordaba lo que yo había hecho y creía que alguna vez ella también habría de robarme, y de asesinarme quizás. Desde hacía bastante tiempo conocía a un joven caballero que me agradaba en forma extraordinaria, y decidí darle mi mano... Y con esto, señor Walter, concluye mi historia”.

“Debiérais haberla visto entonces”—interrumpió Eckbert precipitadamente—“su juventud, su belleza, y el inconcebible encanto que le había dado su educación solitaria. Me parecía como un milagro y la amaba fuera de toda ponderación. No tenía yo bienes de fortuna, pero por su amor llegué a la situación de bienestar en que ahora me encuentro. Nos cambiamos a este sitio, y hasta hoy nuestro enlace nunca nos ha dado motivo de arrepentimiento.”

“En la plática”, dijo Berta nuevamente, “ha pasado gran parte de la noche. Vamos a acostarnos”.

Se puso en pie y se dirigió hacia su alcoba. Walter, besándole la mano, le deseó una buena noche, al tiempo que decía: “Noble señora, os doy las gracias, y puedo muy bien imaginaros con el extraño pájaro, o dándole de comer al pequeño Strohman”.

Walter también se acostó. Solamente Eckbert permaneció en la sala y, con gran impaciencia, empezó a dar vueltas de un lado a otro. “¿No es el hombre un tonto?”, dijo por fin. “He hecho que mi mujer cuente su historia, y ahora me arrepiento de esta confianza. ¿No hará Walter mal uso de ella? ¿La revelará a otros? ¿No empezará acaso a sentir, ya que así es la naturaleza del hombre, una triste codicia por nuestras piedras preciosas, y tramará algo y adoptará fingimientos?”

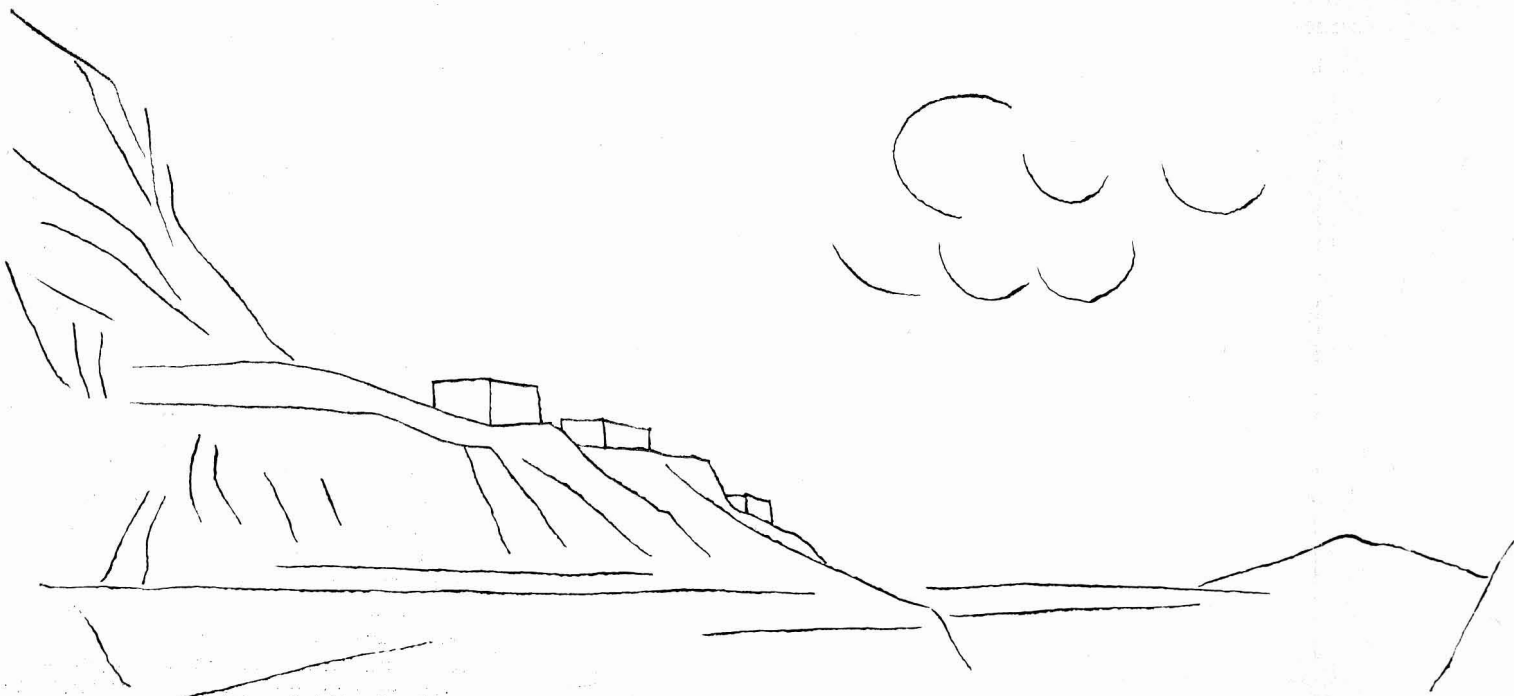
Recordó que Walter no se había despedido de él con la cordialidad que se podía esperar después de la muestra de

confianza que le había dado. Cuando una sospecha pone el alma en tensión, en cualquier pequeñez encuentra confirmaciones. Aun cuando Eckbert se reprochó la innoble duda que le inspiraba su honrado amigo, no pudo librarse de ella. Toda la noche luchó con estos pensamientos y durmió muy poco.

Berta se sentía enferma y no pudo presentarse a la hora del desayuno. Walter no pareció preocuparse y se despidió del caballero con bastante indiferencia. Eckbert no podía comprender su conducta. Visitó a su esposa y la encontró con una fiebre muy alta. Berta dijo que el relato de la víspera debía haberle producido ese estado de agitación.

A partir de aquella noche, Walter visitó rara vez el castillo de su amigo. Cuando se presentaba en él pronunciaba algunas palabras sin importancia y después se despedía. Este comportamiento causó a Eckbert una pena profunda; no dejó ver nada a Berta ni a Walter, pero todo el mundo podía advertir su desazón interna. Berta se agravaba por momentos y el médico se mostraba preocupado, pues el rubor de sus mejillas había desaparecido y sus ojos ardían cada vez más. Una mañana hizo llamar a Eckbert a su cabecera y mandó que las doncellas se alejaran.

“Querido esposo”, comenzó diciendo, “debo revelarte algo que casi me ha hecho perder la razón y ha arruinado mi salud, aun cuando parezca un detalle sin importancia. Pese a que hablaba de mi niñez tan a menudo, tu sabes que nunca pude, a despecho de todos mis esfuerzos, acordarme del nombre del perrito con el que viví tanto tiempo. Pero aquella noche, al despedirse, Walter me dijo súbitamente: ‘Puedo muy bien imaginaros dándole de comer al pequeño Strohman.’ ¿Se trata de una casualidad? ¿Adivinó acaso el nombre? ¿Lo sabía y lo dijo premeditadamente? ¿Qué conexión puede tener nuestro amigo con mi destino? Algunas veces luché conmigo misma, como si solamente hubiera imaginado esta rareza. Pero es seguro, demasiado seguro que ocurrió. Cuando un extraño contribuyó de tal suerte a reavivar mis recuerdos, sentí un terror indecible. ¿Qué opinas de esto, Eckbert?”



Eckbert miró a su doliente esposa con profundo sentimiento; guardó silencio y se puso a cavilar. Trató de consolarla con algunas palabras y se retiró después. En una apartada estancia empezó a dar vueltas de un lado a otro con inquietud indescriptible. Desde hacía muchos años Walter había sido la única persona a quien había tratado y, sin embargo, este hombre era a la sazón el único en el mundo cuya existencia le torturaba y oprimía. Parecía que había de quitársele un peso de encima y que experimentaría gran regocijo, si este único ser no fuese un obstáculo en su camino. Tomó su ballesta para distraerse e ir de caza.

Era un tempestuoso y rudo día invernal. Una profunda capa de nieve cubría los montes y doblaba bajo su peso las ramas de los árboles. Eckbert anduvo largo tiempo errante. El sudor le perlaba la frente, no encontró ninguna pieza y esto aumentó su contrariedad. De pronto vio, a lo lejos, algo que se movía: era Walter, ocupado en recoger musgo de los árboles. Casi maquinalmente, apuntó en esa dirección. Su amigo se volvió hacia él y lo amenazó con un mudo ademán, pero en ese momento voló el dardo y Walter cayó sin vida.

Eckbert se sintió aligerado y tranquilo, pero un estremecimiento de horror lo impulsaba a regresar a su castillo. Tenía que hacer una larga caminata, porque se había internado demasiado lejos en el bosque. Cuando llegó, Berta había muerto. Poco antes de expirar había hablado mucho de Walter y de la anciana.

Eckbert vivió largo tiempo en la mayor soledad; siempre había sido melancólico, porque la peregrina historia de su esposa lo intranquilizaba y porque temía que algún acontecimiento infortunado pudiera ocurrir. Pero ahora sentía que el alma se le había desgarrado. No podía olvidar el asesinato de su amigo y continuamente se hacía reproches internos.

Algunas veces, con el propósito de distraerse, iba a la ciudad próxima y frecuentaba reuniones y fiestas. Deseaba llenar con alguna amistad el vacío de su alma, y cuando se acordaba de Walter, estremecía la idea de encontrar un amigo, pues tenía el convencimiento de que esto sólo podía ser fuente de desdichas. Con Bertha había vivido en una hermosa quietud durante muchos años y la amistad de Walter le había hecho feliz. Y ahora la muerte se había llevado a los dos en forma tan brusca que en muchos momentos su vida más le parecía un cuento fantástico que el curso de una existencia real.

Un joven caballero, llamado Hugo, empezó a tratar al taciturno y triste Eckbert y pareció experimentar una sincera inclinación hacia él. Eckbert se sintió extraordinariamente sorprendido, y correspondió con rapidez tanto mayor a la amistad del caballero cuanto menos la había esperado. Se les veía juntos a menudo y el extraño tenía con Eckbert todas las atenciones posibles. Ninguno cabalgaba nunca sin el otro; se encontraban en todas las reuniones y, en una palabra, diríase que eran inseparables. Eckbert sólo en cortos momentos se sentía contento, pues comprendía que el afecto de Hugo estaba fincado en un error. Su amigo ni le conocía ni sabía su historia, y Eckbert experimentaba nuevamente el mismo impulso de abrirle el corazón, a fin de estar

seguro de que verdaderamente era su amigo. Entonces le retenían nuevos escrúpulos y el temor de que se le aborreciera. Había horas en que el convencimiento de su vileza era tan fuerte, que creía que ningún hombre, para quien no fuera totalmente desconocido, se dignaría respetarlo. Mas no pudo contenerse. En un solitario paseo a caballo descubrió a su amigo toda su historia y le preguntó si podía querer a un asesino. Hugo estaba conmovido y trató de darle consuelo. Eckbert lo siguió hasta la ciudad, sintiendo que un gran peso se le había quitado de encima.

Diríase que era su maldición crear suspicacias precisamente en la hora de la confianza, pues apenas había entrado a la



sala cuando en el brillo de tantas luces empezó a disgustarle el aspecto de su amigo. Creyó percibir una malévola sonrisa y tuvo la impresión de que Hugo hablaba poco con él y mucho con los presentes, y parecía no poner atención en su persona. Estaba en la reunión un viejo caballero que siempre se había mostrado hostil a Eckbert y a menudo había hecho, en forma muy particular, preguntas acerca de su mujer y de su riqueza. Hugo se acercó a él y ambos hablaron algún tiempo de manera secreta, a la vez que señalaban hacia Eckbert. Este vio confirmada su sospecha, se creyó traicionado y una ira terrible se apoderó de él. Mientras miraba fijamente, de pronto creyó ver el rostro de Walter, todas sus facciones, la figura que tan bien conocía; volvió a mirar con atención y se convenció de que nadie sino Walter hablaba con el anciano. Su espanto fue indescriptible; fuera de sí, salió de la tertulia bruscamente, abandonó la ciudad cuando todavía era de noche y, después de haberse extraviado, pudo al fin regresar a su castillo.

Como un alma en pena, su inquietud lo llevaba de una alcoba a la otra; no podía retener ningún pensamiento; caía de una espantosa imaginación en otra aún más espantosa, y el sueño no lograba cerrar sus ojos. A menudo pensaba que había enloquecido y que todo era producto de su fantasía. Luego volvía a recordar los rasgos de Walter y todo se iba convirtiendo para él más y más en un enigma. Decidió emprender un viaje para poner en orden sus ideas; definitivamente había

abandonado el pensamiento de la amistad y el deseo del trato humano.

Partió sin haberse propuesto un determinado camino; es más, ponía poca atención en el paisaje que se extendía ante sus ojos. Forzando el trote de su caballo, cabalgó apresuradamente y de pronto se vió perdido en un laberinto de rocas, sin poder encontrar la salida por parte alguna. Por fin dio con un aldeano que le mostró un sendero al lado de una pequeña cascada; quiso ofrecerle algunas monedas en muestra de agradecimiento, pero el labrador las rechazó. "¡Santo Cielo!" dijo Eckbert hablando consigo mismo, "¿acaso no podría nuevamente imaginar que éste no ha sido otro sino Walter?" Diciendo esto, volvió otra vez la mirada y se convenció de que el campesino era realmente Walter. Eckbert espoleó a su caballo y lo hizo correr, tan rápidamente como pudo, a través de praderas y bosques, hasta que el exhausto animal cayó por tierra. Sin preocuparse lo más mínimo, prosiguió su viaje a pie.

Escaló soñando una colina, y creyó oír un ladrido alegre y próximo. Susurraban los abedules y escuchó los extraños sonidos de una canción:

Soledad del bosque
que de nuevo gozo,
sin dolor ni envidia
por la eternidad.
¡Oh, qué grande gozo
es la soledad!

Sintió que se le ofuscaba el espíritu y se embotaban sus sentidos. Era para él un enigma indescifrable determinar, si estaba soñando o había soñado a una mujer llamada Berta; lo más extraordinario se mezclaba con lo más común. Parecía estar en un mundo de encantamiento, y se sentía incapaz de pensar o recordar nada.

Una encorvada anciana, que tosía y se apoyaba en un bastón, subió morosamente la colina. "¿Me traes mi pájaro? ¿Mis perlas? ¿Mi perro?", gritó desde lejos. "Mira cómo las malas acciones tienen en sí su castigo; yo no era sino tu amigo Walter, tu Hugo."

"Santo Dios", se dijo Eckbert "¿en qué horrible soledad he pasado pues mi vida?"

"Y Berta era tu hermana."

Eckbert se desplomó.

"¿Por qué me abandonó tan arteramente? —Prosiguió la vieja—. De otro modo todo habría terminado en paz y felicidad. Pues su período de prueba había concluido. Berta era la hija de un caballero que confió su educación a un pastor; la hija de tu padre."

"¿Por qué siempre tuve este horrible presentimiento?" exclamó Eckbert.

"Porque una vez en tu primera juventud, oíste hablar de ello a tu progenitor. A causa de su mujer no podía encargarse de la educación de esa hija, que era de otra madre."

Eckbert yacía en tierra, enloquecido y agonizante. Obscura y confusamente, oía que la vieja hablaba, que el can seguía ladrando, y que el pájaro repetía nuevamente su canción.

Traducción de Marianne O. de Bopp y
Eduardo García Máynez